



L I S B O A

Visiones de Lisboa

Parque de las Naciones



Fernando Pessoa
frente al café Brasileira



Para empezar, ¡cuánta belleza ofrece Lisboa! Su imagen se refleja en ese noble río que no necesita de ningún poeta que le invente un lecho de arena dorada (Lord Byron)

Lisboa es una mandolina que han arrojado al mar. Lisboa vive entre arpas como puentes y tiene en el Atlántico su lago, un lago remansado adonde llegan los navíos ingleses, tan azules, y los turbios y duros españoles trabajando por siempre el contrabando... Los fados son murciélagos de música, los del grupo han sacado una revista, dona Amália Rodrigues ya se ha muerto, huele a papel impreso y marineros. Un pobre le ha pedido a don Fernando, como no tiene más le da un monóculo. (Francisco Umbral)

En cuanto amanece, te me apareces flotando sobre el Tajo como una ciudad que navega. Es natural: cada vez que me encuentro en alturas desde las que creo abarcar el mundo, en la cima de un mirador o sentado en una nube, te veo como una ciudad-nave, barca con calles y jardines por dentro, y hasta la misma brisa que corre por tí me sabe a sal. Hay olas de mar abierta dibujadas en tus aceras; hay anclas, hay sirenas. La cubierta, en ancha plaza con una rosa de los vientos bordada en el pavimento, está comandada por dos columnas surgidas de las aguas, que montan guardia de honor a la partida hacia los océanos. Flanquean la proa, o al menos parecen flanquearla. Algo más atrás, un niño-rey, montado en su caballo verde, está mirando por entre las columnas hacia el otro lado de la tierra. Y, a sus pies, inscritos en el basalto de la plaza quemada por el sol, se leen nombres de navegantes y fechas de descubrimientos. Enfrente, el río corre hacia los meridianos del paraíso. Es el Tajo, al que cronistas alucinados pueblan de tritones que cabalgan sobre delfines.

(José Cardoso Pires)



Estación de Oriente



Fachada azulejada

En las calles de mi ciudad, cuando la tarde cae, todo es tan taciturno, hay tal melancolía que las sombras, los ruidos, el Tajo, el relente de la marea despiertan en mí un absurdo deseo de sufrir. El cielo se desploma, construido de brumas... (Cesário Verde)

También sobre siete colinas. Lisboa es un sube y baja de emociones, permanentes muchas. En cualquier época del año. Lo que termina por llegarnos es un arrebol, un enamorado ensimismamiento por una ciudad que, de tan compartida, excita y nos encela. Sencillamente, la amamos. Y, si no fuera por lo cerca que la tenemos, tan a mano y dispuesta, enviaríamos irracionalmente a los portugueses. Echemos, tras las palabras, los zapatos, ya que Lisboa "es un libro que se lee con los pies". (TurisNorte)



Restauradores desde el mirador de S. Pedro Alcántara